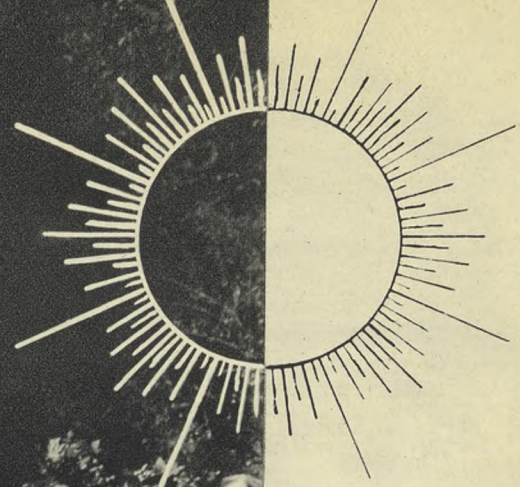


# MENDOZA, AL SOL



Todos los años se celebra en Mendoza la fiesta de la vendimia con la elección de una reina. Las muchachas de este grupo son las reinas de los distintos departamentos de la provincia, que aparecen aquí reunidas, durante la ceremonia en que es elegida la reina de Mendoza.

Desde el cerro de la Gloria, pujante de vegetación, se contempla el bella panorama de la ciudad, que al pie de los Andes ofrece a la Argentina la dulzura y la espuma de sus mostos.

Ante este mismo cerro de la Gloria aparece el perfil gigante y quebrado de los Andes. La vegetación es frondosa, y la flora, adusta, sedienta, casi metálica.

**PAISAJE** Hasta aquí ha llegado la llanura. Venía del Este, como un mar cuajado, lento, de aguas dormidas y profundas, subterráneas, tierras de agua parda, lava, lago, honda materia ciega, cubierta de verdín por arriba, en su milenario torso liso, cuando se quedó quieta para siempre. La pampa tiene un nombre total, extenso, ancho, para llenar la boca de Dios. Cuando llega aquí se enarca, quebrándose hacia arriba, deteniéndose en piedras y muñones, quiebras, aristas, valles, como si aquellas aguas se hubieran partido un día la frente, quedando luego sorprendidas, fijas, en su estallido. Aún gotean de los Andes líquidos ancestrales, glaciares de goma, savia, vitales sustancias que buscan en el llano su quietud. Desde este rompeolas tenemos a una mano la superficie vastísima, a la otra el clamor blanco de la cordillera, que se grita su asombro de picacho a picacho, cada vez más potente, más alto, más al cielo. Todo azul, todo blanco, todo verde, todo rojo. Los colores son nuevos, brillantes recentísimos, como si la tierra se hubiese terminado de hacer en este punto. De vez en cuando todavía se estremece, recorriéndole un último escalofrío la médula, y luego torna a su silencio, porque pocos paisajes serán tan mudos como éste. Visto desde el Cerro de la Gloria, primera estribación en esta parte, todo aparece amaneciendo, a solas, todo crudo, áspero, callado, menos esta cortina verde, que nace aquí en los pies y se abre, como un abanico, inundando la pampa. Adonde llega el agua, brotan viñas, manzanos, álamos, a su solo contacto. Esta agua no llega aquí del cielo, sino a través de la montaña, y el sol luego la cuece, la hiere con su color atónito, reverdeciéndola hasta convertirla en ramajes, frutos de agua-sol, animales de sabor de árboles, árboles de pecho tierno, pájaros estridentes. Porque el sol cae como un chorro de cadmio, vertido desde la panza del cielo, morada intensa, estallante de azul, y donde pega, si no hay aguas que concebir, lo arrasa todo, lo fulmina. Por eso el cauce del Mendoza serpentea, se hurta, escamotea su bebida, conduciéndola rápida bajo el ojo alucinante del dios.

Faisán rojo cuando levantas  
y cuando medias, faisán blanco,  
sol pintador y tatuador  
de casta de hombre y de leopardo.

decía Gabriela Mistral.

Paisaje de Cuyo, cortado a cuchillo en la mitad de la América, con noches de luna amarillenta y días redondos como un fruto, rezumantes de jugo.

**CIUDAD** Como es verano, la tenemos que hallar bajo los árboles. Casas de una y dos plantas, y un techo verde, uniforme, cubriéndolas a todas y al asfalto nuevo, como lo es la ciudad entera. Por las anchas aceras corren las acequias de cemento, dejando su agua a cada árbol, para salirse luego al campo, a los viñedos. Extraño sistema de riego, que se convierte a veces hasta en un grifo para cada raíz. Las calles rectas, limpiísimas, repiten sus cuadradas una y un centenar de veces, rematándose en alguna ocasión en una plaza grande, ya bosque, por la plenitud de la vegetación. La arquitectura residencial más bella y más moderna se ha ensayado en las amplias avenidas que desalojan la ciudad, dejando las muestras más suntuosas o las más simbólicas. Toda la ciudad respira un aire de riqueza en consonancia con la feracidad de la tierra.

Donde ella termina, hacia la parte de la cordillera, empieza el Parque. Es uno de los más bellos de América del Sur, exuberante, pródigo en toda la flora aborigen y en la fauna total, pues su zoológico es riquísimo. ¡Qué ambiente el de este parque, donde pueden perderse la mirada y los pies, con lagos de un kilómetro, prados, hosterías, caminos de tierra para despreocupar, largas carreteras para coches! En las noches, qué estremecedor ruido el de las fieras, qué largo el lamento de los leones, qué altos y qué serenos los árboles, y el cielo, sujeto en sus extremos por las estrellas de la Cruz del Sur.

La ciudad va terminando en los departamentos, se va prolongando en ellos, hasta extinguirse despacio en el campo. Departamento de Godoy Cruz, lleno de bodegas, con cincuenta mil habitantes que se hubiesen caído de Mendoza hacia abajo. Guaymallén, en el costado Oeste, con sesenta mil almas, y frutos, y ajeteo, por una industria ubérrima. Luego Las Heras, que llega hasta un alto panorama de cúspides, y Junín, y La Paz, Lavalle, Luján, Maipú y San Carlos, San Martín, San Rafael y San-





Anfiteatro en el que se celebran las Fiestas de la Vendimia.



Barricas gigantes en el parque de San Martín, de Mendoza.



El sol de Andalucía madura las uvas de Jerez, y sus hombres, en los días de la vendimia, traen a los lagares los abundantes racimos, que luego, oprimidos en los trujales, se truecan en vino dorado.

En el centro de estas páginas, cuatro edificios representativos de Jerez de la Frontera: Portada de una rica casa, patio del palacio de Villamarta, fachada barroca y el claustro de la Cartuja.

subir fuese un paseo; a la Colegiata, con muestras de tres o cuatro estilos, gótico y barroco y mudéjar y churrigueresco, porque el arte, a la hora de la verdad, es lo de menos. Otras corresponden a San Dionisio, también albergando a moros y cristianos, con su Atalaya para las alarmas; y las más a un apostolado de Iglesias, San Marcos, San Mateo, San Lucas y San Juan, éste de los Caballeros, porque estamos en tierra de señores. Al fondo queda la Cartuja, a la orilla derecha del río, a no menos de su buena legua, con su cementerio dormido.

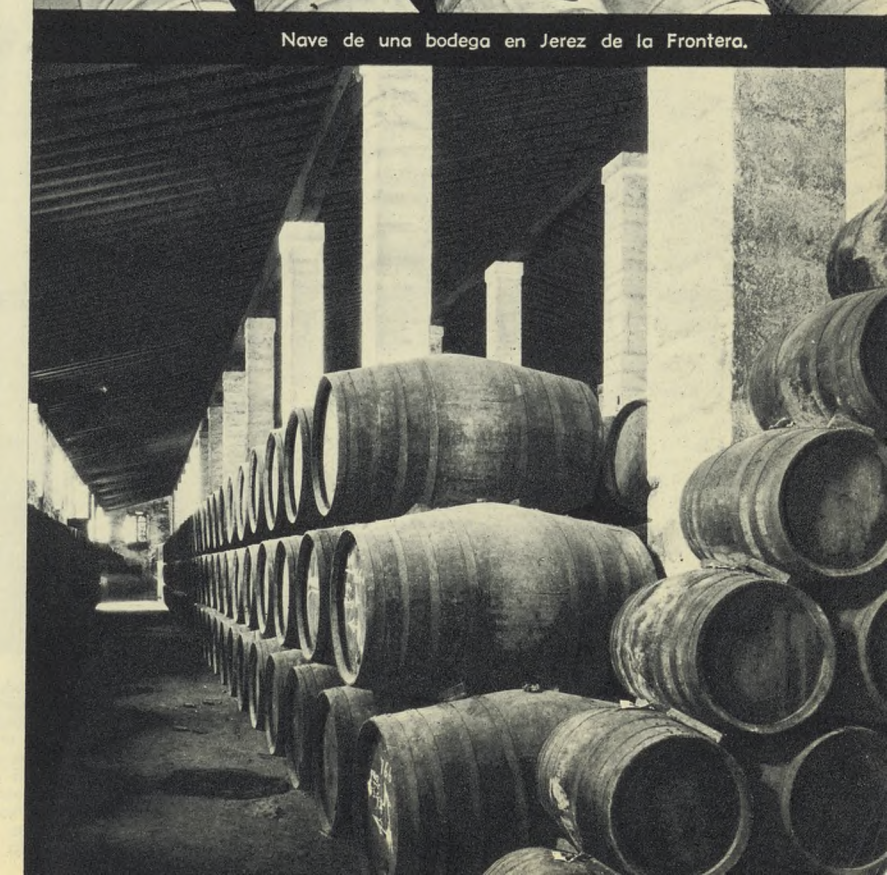


Arriba: Barricas apiladas en una bodega de Jerez.

Abajo: Trasiego de mostos en la ciudad gaditana.



Nave de una bodega en Jerez de la Frontera.



ta Rosa. Casi toda la provincia prueba una esquina de la ciudad, nace de ella, alargándose luego al distrito remoto. Chacras, villas de recreo, balnearios, van repartiéndose el campo circundante, aclarándose luego en los cultivos, que abarcan medio millón de hectáreas.

**LABOR** La tierra era salitrosa, dura, incapaz, si no de criar cactus, espinas de piedra, flores secas. Este hombre la lavó, a veces puñado a puñado, le separó la sal, trabajando bajo el sol ardentísimo, la espurgó de piedras, le puso canales a cada palmo y la plantó. La viña ha brotado incontenible, recia, intensa, pero la tierra era capáz de más y ha admitido la convivencia de frutales, cubriendo la vid de manzanos y almendros, ciruelos, perales, guindos. Aquella fué luego cuidada, como lo pudiera ser una mano o el pelo. Se la repasa, se la ata, se la limpia, se teme por ella cuando

el cielo se transparenta de escarcha, y se le toman después los racimos gruesos, pingües, rebosantes de zumo. Unos crecieron casi a ras de tierra, otros en los altos parrales, abiertos en su extremo como rosas de vientos, y pendieron todos, agarrados nerviosamente de las plantas.

La fiesta de la vendimia corrobora al final del estío la gran tradición vinícola de la tierra. En el escenario del parque se celebra la conmemoración dionisiaca, entre coronas de pámpanos, muchas venidas de toda la región, turistas y colonos... Son días esenciales, en los que se pone a prueba la calidad del rojo vino y se hacen competencias ingenuas de sabor y color, entre el deje cadente de los corridos y las zambas.

Hay, pues, arriba luz hiriente, claridad penetrante, que duele en los ojos. Abajo, vetas de la tierra que canalizan sus jugos más sabrosos. Con razón puede rezar en el Arco del Desaguadero, a la entrada de la ciudad, esta leyenda: **Viajero, bienvenido a Mendoza, tierra del sol y del buen vino.**

R . B E N I T E Z C L A R O S

# ... JEREZ GADITANA

**LA TIERRA** Entrándole por lo alto y viniendo precisamente de Mendoza, es por encima de Cádiz por donde se enfila a España. Después de mucho mar, aparece la tierra, primero circundada de blanco, luego dura, maciza como un corazón, tierra de carne allá abajo, palpitante, roja, como despellejada. Muestra arterias y nervios y la calva azulena de algún cerro, porque es por la mañana. Tiene textura, forma de cosa, levanta como músculos, se hunde en canales que a veces brillan un instante. Otras líneas son las de las carreteras, alguna clavada, como una lombriz, por el alfiler de un gran árbol. También hay zonas verdes, sementeras serán, y pueblos muy redondos, muy blancos, como piedras en medio del hondo paisaje.

Ahora otro río y una piedra más grande. Ya los recuerdo vistos desde abajo, al Guadalete y a Jerez, a la altiplanicie a ratos adivinada desde Cádiz, hacia su Noroeste. La meseta es próspera, soleada, abundante de trigos y caballos. Los días de poniente fuerte podría olerse el mar desde ella. Entonces se aventaban las parvas y en los de calma se tostaban los higos, arrugándose, volviéndose morenos, como los hombres que segaban. También la veo hacia el mes de marzo, verdeante, tupida ya, y tiempo atrás, cuando las yuntas clavaban las rejas en la tierra marrón y se iba con pellica de grueso cuello. Cada cortijo era como un pueblo, con sus gentes, su ganado, sus aperos, sus perros, ladrando cada uno de una manera.

Jerez está en la mitad de todo esto. Por fuera es blanco, brotado de torres y también de palmeras. A los naranjos hay que verlos por dentro, con fondo de muro, en los patios, o mirarlos desde alguna reja, de esas que tanto abundan en las plantas bajas, pobladas a la noche:

Una reja es una cárcel con el carcelero dentro y el prisionero en la calle.

También hay que ver el barrio de Valsequilla y algún tortuoso callejón árabe, y a las alamedas de Cristina y de Santa Isabel. Pero sobre todo hay que andar por la calle Almodóvar, por la de los Arcos, por la de Ángel Mayo, Beato Juan, Sol, y por esas de tan buen sonido, de Sor Eulalia y Regina Victoria. Hay que meterse en las plazas del Arenal, en la de las Angustias, en la del Carmen o en las de Santiago, Santo Domingo y San Miguel para haberse quedado con lo mejor de la ciudad.

Aquellas torres pertenecen unas a la Colegiata, con sus amplias escalinatas para ir y venir, como si



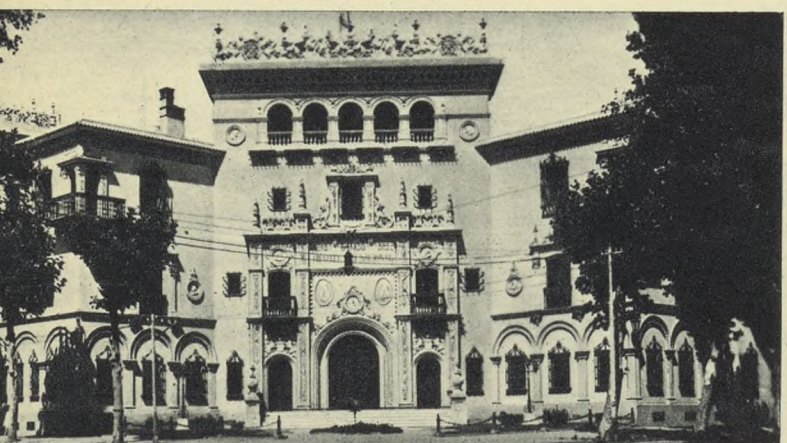
**LOS VINOS** El vino de Jerez es una teoría, una propiedad, un milagro como otro cualquiera, cuya raíz nos permanece absolutamente desconocida. Allá en Mendoza, uva y sol y toneles, producen una cosa, y acá en Jerez, los mismos elementos originan otra diversa. El bodeguero no hace sino ayudar a la naturaleza, acondicionarla, ir probándola, y al final asombrarse de los resultados. Aquel jerez que se intenta en Mendoza no es realmente el jerezano, y los vinos de mesa que pudieran conseguirse aquí, en Jerez no se soportarían, porque existen exquisitas, finísimas influencias naturales que hacen de cada mosto un vino. La vejez, la madre de la cuba, el reposo, pueden influir; pero hay un algo que está más allá, que pertenece a la tierra, al aire, a este trozo de tierra, a escasa distancia del cual ya es otra cosa, como lo pueden demostrar Sanlúcar, con su manzanilla, Jerez mojado en la mar, que dicen, o Montilla.

des de los vinos andaluces. La terapéutica, que podría llamarse, es muy distinta la americana a esta de Jerez. En la Argentina es aséptica, en enormes albercas de cemento, en alguna de las cuales, como la de Arizu, se han albergado centenares de comensales. En Jerez se busca la infección del caldo, se le procuran microbios, se le proporciona un calor adecuado, se le nutre con savias muy antiguas. La «cella vinaria» de los romanos ha enriquecido su disposición, su sabiduría, su orientación, su luz y su calor, hasta llegar a dar este tipo de bodega jerezana, verdadero rito de compartimentos. No es casual que muchas de ellas hayan aprovechado los edificios de conventos antiguos, casas remansadas, en las cuales ya se había ganado más de la mitad del terreno para quietud y tradición.

Pero es más: cada casa, cada fabricante, por pequeño que sea, por esas condiciones especiales de su viñedo, de sus tierras, de su bodega, conseguirá un bouquet característico, un producto diferenciado, que los buenos paladares sabrán estimar en milésimas de gusto. Secos y dulces, amontillados, macharnudos, soleras, finos, establecerán una gama infinita de sabores. ¡Qué experta profesión la del catador, que mira, huele y prueba! Introduce la larga venencia en la barrica, la deposita en el largo y estrechado catavino y luego lo otea como si fuese un horizonte, hasta dejarlo exhausto de reflejos. Lo remueve y aspira lentamente y un breve sorbo corrobora después lo que ha dicho el olfato, sorbo que viene a ser como una galantería ya con el vino. Siempre recordará la anécdota sucedida a un visitante ilustre de una bodega jerezana, que prueba esta devoción al olfato y a la lentitud. Como por la hora y el ambiente nuestro amigo no se parase en prácticas e incorporase la copa a la garganta irreflexivamente, volvió a llenársela despacio el huésped, reconviéndole: «¡Más religión...!»

Este es el vino de Jerez. Una religión, en la cual Dios tiene la primera parte y en la cual cabe a los hombres el lugar adoratrix y aquel otro, tan indispensable, de rogar y hacer todos los días.

R . B E N I T E Z C L A R O S .



Banco Hipotecario Nacional de Mendoza.—Moderno edificio entre las avenidas de San Martín y Sarmiento.

